

vajas. Ni corta ni larga su barba era inculta, como una vejetación desigual, fortuita; villanos pelos rubios daban un tinte raro á su cara áspera. Cuando regresó, sobre todo, la fatiga, la debilidad dábale un aspecto



Todos los días, después de comer dormíase dos horas... (Pág. 478)

compasivo. Este hombre que parecía fuerte, era pesado, blando, nada podía soportar. Se vió la noche del 10 de Agosto, esta noche terrible y suprema para la monarquía que no podía velar. Tuvo que acostarse. El día 11, enfurecido en cierto modo, lanzó sobre la muchedumbre una mirada que, vaga, incierta nada decía. Solamente cuando atravesaban

una calle sobre la línea de los *boulevards*, la facultad proverbial de los Borbones, la memoria automática, le hacía decir: «He aquí tal calle», y después repetía lo mismo, como un niño somnoliento que repite maquinalmente una lección. Una cosa pareció despertarle: preguntó por la calle de Orleans. «La calle de Felipe Igualdad, querréis decir, señor le dijeron.» Desde entonces se tendió y no dijo una palabra.

Su paso no produjo manifestación alguna. Reinó gran silencio, crisis de muerte. Había gente, pero aislada; ni un grupo. Miraban, escudriñaban, pero contenían su pensamiento. Sin embargo, se inició un



El príncipe herrero, sin otro testigo que su ordinario compañero de fragua... (Pag. 484)

movimiento de piedad en todos los corazones. Los que menos temieron manifestarlo fueron los que habían pedido con más ahinco la muerte del rey. *Las Revoluciones de París*, periódico donde Chaumette había escrito frecuentemente y puede ser que escribiera aun entonces, no dudó en expresar el sentimiento público.

Este periódico condena las manifestaciones de un comisario de la Comuna que se permitió bromear «á costa de un prisionero que iba á sufrir un juicio de muerte.» Condena á la Comuna misma: «Luis se ha quejado con razón de que se le ha negado la compañía de su hijo. Es fácil conciliar los derechos de la justicia con la voz de la humanidad. Se ha seguido con los prisioneros del Temple tal conducta que han acabado por mover á compasión, excitando la piedad y el sentimiento.»

Esta era la impresión general que se refleja con fuerza en la misma

Convención. Manifiesta torcidamente el deseo de que el proceso del rey se hiciera de un modo irregular. El día 12 Thuriot pide que se acelere el proceso del rey y que «á la mayor brevedad lleve el tirano su cabeza al patíbulo.» Movimiento de indignación en la Asamblea. Se le grita: «Recordad vuestro carácter de juez.» Obligósele á que se explicara: *Quiero decir, que si los crímenes imputados á Luis son indudables, debe perecer...*»

Un miembro insiste en que se de al acusado tiempo suficiente para que examine los documentos diciendo: «Nosotros no tememos al odio de los reyes, si no á la execración de la historia.»

El día 15, un representante significado hasta entonces entre los más exaltados de la Montaña, el hombre del 6 de Octubre, Lecointre, de Versalles, sorprendió á la Asamblea pidiendo que Luis pudiera ver á su familia.

La oposición furiosa de Tallien, que llegó hasta el extremo de decir: «En vano querrá la Convención si la Comuna se opone» dió mayor fuerza á la proposición de Lecointre. Se vota que el acusado pueda ver á sus hijos, pero que no podrían estos ver á su madre y á su tía hasta después de los interrogatorios.

Lo que fué más significativo es que Barere, al salir de la presidencia, fué sustituido por Fermont, que el 11 pidió que el acusado pudiera sentarse al ser conducido á la barra. Los secretarios fueron girondinos esto es, de opinión moderada: Louvet, Creusé, Latouche y Oselin.

El rey nombró defensores á abogados que pudieran conducirlo recatamente en su triste género de defensa que era como una especie de copilación de mentiras, negaciones y contradicciones.

Uno de ellos, Tronchet, dijo que estaba enfermo, lo que era verdad, y no podía aceptar. El rey lo sustituyó con un hombre conocidísimo en el foro, el abogado Séze.

El gentilhombre que el rey envió al rey de Prusia Mr. Aubier, quiso venir á defenderlo. Un Mr. Gourdat, de Troyes, hizo el mismo ofrecimiento, diciendo maliciosamente «que si defendía á Luis XVI era por el sentimiento de su inocencia.»

El ofrecimiento de Mr. Aubier era tardío; no tuvo otro efecto que una pensión de doce mil libras que le dió el rey de Prusia.

Los otros dos que se ofrecieron habían, por diversos títulos, merecido la gratitud de la Revolución y nada tenían que ver con la corte. Menos afortunados que el abogado realista, por recompensa no tuvieron otra cosa que la guillotina. La primera víctima fué Malesherbes.

La otra víctima fué una mujer, la brillante improvisadora meridional, de la que ya hemos hablado, Olimpia de Gouges.

He de decir aquí mismo lo que pienso sobre el destino de estas personas generosas. No puedo esperar hasta el 93; pasarán entre la muchedumbre, mezclados con otros, en el fatal carromato. Ahora quiero colocarlos aparte, en el sitio en que fueron héroes.

Malesherbes pertenecía á la familia Lamoignon, laboriosa entre todas, que trabajó útilmente, bajo Luis XIV en la reforma de las leyes; honrada familia que nunca tuvo la bajeza servil de sumisión monárquica. Malesherbes era sobrino de Lamoignon de Basville, el tirano de Languedoc, el verdugo de los protestantes, que cubrió este país de horcas, ruedas y hogueras. El sobrino por esto, sin duda, fué filósofo. Vivió intelectual y moralmente en la parte opuesta, y si he de creer á uno de sus más íntimos, fué el más incrédulo de los incrédulos.

No se encontraba mejor hombre, más honrado, más generoso. Sin esperanzas de gran porvenir (que por sus virtudes merecía) sin el apoyo y el consuelo que se encuentra en las creencias divinas, siguió su senda rectamente, con fortaleza, inspirándose en las ideas del bien y del deber... Jamás la magistratura escuchó palabras más dignas que las advertencias y amonestaciones de Malesherbes, presidente de la sala de Socorro. Fué ministro con Turgot y cayó con él. Era poco adaptable á los accidentalismos del poder, pues nació sin conocimiento de los hombres.

Entre los muchos servicios prestados á su patria que consagran la memoria de este hombre, uno solo basta para que se le recuerde eternamente. Sin él, ni él *Emilio*, ni la *Enciclopedia*, ni la mayor parte de las grandes obras del siglo XVIII hubieran aparecido. Era entonces director de la biblioteca; extendió su protección á la libertad del pensamiento y enseñó á los escritores del tiempo á eludir la absurda tiranía de la época. El mismo se modifica, no censura ya, corrige con respeto las pruebas de Rousseau.

La edad no alteró la vida de Malesherbes; tenía el 92 setenta y dos años y conservaba sano su espíritu, fuerte su corazón como en su edad viril. Era un contraste notable encontrar en este hombre de pequeña estatura, casi redondo, un poco vulgar (verdadera figura de boticario bajo una empolvada peluca) un héroe de los pasados tiempos. Tenía en la palabra la savia, la malicia, el humorismo algo cáustico de la pasada magistratura. Nobles rasgos de su carácter escapábanse unidos á sus párrafos, revelando un alma sublime.

Al preguntarle un convencional por qué discurría en tal sentido sobre el proceso del rey, dijo: «Por que desprecio la vida.»

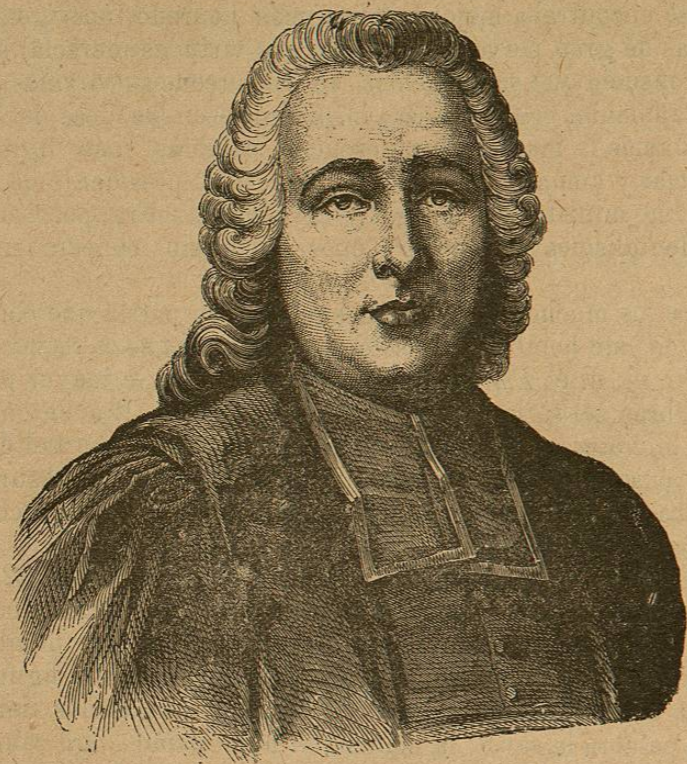
Vivió tranquilo en el campo el 93. Un hombre como Malesherbes no piensa emigrar. ¿No vivía bajo la protección de las grandes sombras del siglo XVIII? ¿Quién le hubiera dicho á Rousseau que sus inteligentes discípulos matarían al benévolo censor, al propagandista del *Emilio*, en nombre de sus doctrinas!

En Octubre del 93 fué arrestado su yerno, el presidente Rosambo á consecuencia de una protesta del parlamento formulada en el 89; falta censurable, pero ya antigua, de un hombre inofensivo.

Al día siguiente sin causa ni pretexto arrestaron á Malesherbes. Mostróse indiferente ó más bien contento. Deseaba terminar. El solo tes-

tigo que existía contra él era un criado que al decir el 89 á su amo que las viñas se habían helado, le contestó Malesherbes: «¡Tanto mejor; si nos quedamos sin vino nuestras cabezas estarán más despejadas.» No quiso defenderse y tranquilamente marchó á la guillotina.

El conserje del Manceaux que acompañaba á los ajusticiados, tuvo una prueba de la sangre fría de Malesherbes. Cuando lo desnudó encontró su reloj puesto á las doce. Habitualmente Malesherbes arreglaba



MALESHERBES

su cronómetro á las doce del día. Dos horas antes de morir hizo la misma operación.

Se creará inconveniente que junto á un nombre tan venerable coloque el de Olimpia de Gouges, una mujer ligerísima; esta mujer se acercó á Malesherbes por analogía de pensamiento y él la aproximó á la muerte. ¡Que sea acogida, pues, con él en esta historia con la bondad paternal y la indulgencia que Malesherbes demostró en vida!

Ella no estaba protegida por larga lista de servicios prestados al país como Malesherbes. Su cabeza hacía tiempo que peligraba. Estaba muy comprometida. Muchos amigos, entre ellos Mercier, aconsejaronle

que se contuviera. No escuchó los consejos de nadie; hablaba fuerte, marchando ostensiblemente de una parte á otra, según su sensibilidad. Revolucionaria por naturaleza y por tendencias, cuando vió el día 6 al rey y á la reina prisioneros, se sintió realista. La mala fe de la corte y su evidente tración hicieronla republicana, y después contó ingenuamente al público su conversión en un folleto: *La fiereza de la inocencia*. Fundó entonces sociedades populares de mujeres, intentando sostenerse en un difícil medio entre Jacobinos y fuldenses. Sus relaciones con la Gironda, su *Pronóstico sobre Robespierre*, colocábanle en inminente pe-



CARNOT

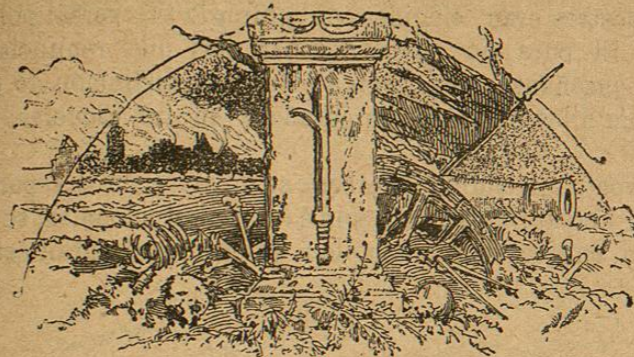
ligo, cuando la conmovedora escena del 11 de Diciembre, elevándola sobre la consideración de sus peligros personales, la hizo ofrecer sus servicios al rey. La oferta no fué aceptada, pero ella se perdió desde entonces.

Las mujeres, en sus opiniones públicas, sirven para embravecer á los partidos, corren más riesgos que los hombres. Fué un odioso maquiavelismo de los bárbaros de aquel tiempo poner las manos sobre las mujeres cuyo heroísmo hubiera podido excitar el entusiasmo, ridiculizándolas brutalmente. Se han oído las quejas de madama Roland y el insulto que se la dirigió en Theroigne el 93. Olimpia fué tratada lo mismo ó más cruelmente todavía. Un día la detuvo un grupo; un canalla sujetó su cabeza y le arrancó el gorro frigio. Sus cabellos cayeron desor-

denados, cabellos grises á pesar de sus treinta y ocho años. La fiebre y el talento habíanla consumido. «¿Quién quiere la cabeza de Olimpia por quince sueldos?» —gritó el bárbaro. Olimpia, sonriendo dulcemente, sin turbarse, dijo:—«Amigo mio, yo doy treinta»—y se escapó riéndose.

No duró su libertad mucho tiempo. Conducida ante el tribunal revolucionario, sufrió la amarga y afrentosa pena de ver á su hijo como la repudiaba. Entonces perdió toda su energía. Apareció la mujer, débil, temblorosa, deshaciéndose en lágrimas, crisis del espíritu, reacción que sufren aun las almas más templadas. Cobró espantoso miedo á la muerte. Dijéronle que las mujeres embarazadas lograban el aplazamiento de su ejecución. Con las lágrimas en los ojos solicitó un favor de un amigo... Las *matronas* y los cirujanos, sin embargo, fueron tan crueles, que aseguraron no poder certificar su embarazo por que parecía muy reciente.

Ante el patíbulo, Olimpia de Gouges recobró todo su coraje, toda su alma y al morir encomendó á la Patria su venganza y la rehabilitación de su nombre.



CAPITULO IX

El proceso.—Discusión sobre la educación. — Contra el duque de Orleans (Diciembre 92)

Plan de educación por los girondinos (Diciembre).—Los curas y los Jacobinos de acuerdo para no aceptar más que un solo grado en la instrucción (Diciembre 92).—Arrebato de filosofismo girondino.—Robespierre destroza el busto de Helvetius (5 Diciembre).—Debilidad moral de los dos partidos en sus planes de educación.—Continuación del proceso.—Contra la casa Orleans.—La Montaña salva al duque de Orleans (17 Diciembre 92).

La Convención llenaba los intervalos del proceso con una cuestión no menos grave, la organización de un sistema de educación nacional.

La Constituyente, que había llegado al fin de su larga carrera sin tener tiempo para colocar la primera piedra de la nueva sociedad, dejó á la Legislativa en herencia un fastuoso informe de Talleyrand sobre la instrucción en general. Disertación literaria elegante que exponía los principios con una vaga generalidad. La Legislativa añadió un trabajo más filosófico, el informe de Condorcet sobre la instrucción. En esta obra seria, importante á la vez por la elevación de los puntos de vista y por su tendencia práctica, señalábanse cuatro grados de instrucción, desde las escuelas primarias hasta el Instituto. La Convención, en los principios de Diciembre, recibió y discutió un proyecto de organización de escuelas primarias propuesto por su comité de instrucción pública, inspirándose en el informe de Condorcet.

Este proyecto, aportado por Lauthenas, amigo de Roland y entonces jefe de negociado de su ministerio, contenía el pensamiento más democrático de la Gironda, pensamiento por el cual creía que se llegaría á la nivelación de la sociedad. La escuela primaria gratuita para todos era la puerta por la cual el hijo del pobre podía entrar en la escuela superior de los discípulos de la patria para cursar gratuitamente los demás grados de la instrucción.